

CAPÍTULO 1. El Élite

Al Café Élite se entraba por una escalera de caracol que subía desde el vestíbulo del cine. Una vez recorridas dos terceras partes del camino había un rellano con una puerta que daba al cine, pero la gente que iba al Élite seguía subiendo y llegaba a una gran habitación de aspecto no muy atractivo, llena de sillas y mesitas de cafetería. La habitación resultaba poco atractiva no porque estuviera sucia sino debido a la iluminación. El suelo estaba cubierto por una alfombra escarlata, las sillas estaban tapizadas con tela del mismo color y el techo, no demasiado alto, estaba adornado con espirales de escayola rosada, pero las tenues luces verdes de las paredes convertían esos colores en variedades del marrón y hacían que las pieles de los clientes tuvieran un aspecto grisáceo un tanto parecido al de los cadáveres. La entrada estaba en una esquina de la habitación y en la esquina opuesta había un hombre gordo, calvo y sonriente, inmóvil tras las relucientes palancas de una cafetera. Vestía pantalones negros, camisa blanca y pajarita negra y o bien era mudo o bien tan callado que casi rozaba la anormalidad. Jamás hablaba; los clientes solo se dirigían a él para pedir café o cigarrillos, y cuando no estaba atendiendo tales pedidos el hombre se mantenía tan quieto que el mostrador parecía una extensión de su persona, como el anillo que rodea a Saturno. Junto al bar había una puerta que daba a una angosta balconada que dominaba la entrada del cine. Allí había apenas sitio suficiente para tres mesas con un parasol atravesando cada una de las superficies metálicas. En la balconada

no se tomaba café, pues el cielo solía estar oscuro, el viento era fuerte y la lluvia frecuente. En las mesas había charquitos de agua, la flácida tela mojada de los parasoles chocaba sordamente con los postes metálicos y los asientos estaban mojados, pero aun así había un hombre de unos veinticuatro años que tenía la costumbre de sentarse allí, encogido en un impermeable negro con el cuello subido. Algunas veces contemplaba con perplejidad el negro cielo, otras veces se mordisqueaba pensativamente el nudillo del pulgar. Nadie más utilizaba la balconada.

Cuando el Élite estaba lleno en su interior podían oírse casi todos los idiomas y dialectos. La clientela tenía menos de treinta años y formaba camarillas de cinco o seis miembros. Había camarillas políticas, camarillas religiosas, camarillas artísticas, camarillas homosexuales y camarillas del crimen. La conversación de algunas camarillas giraba en torno al atletismo, la de otras en torno a los coches de carreras y había algunas que solo hablaban de jazz. Algunas camarillas tenían como centro una persona determinada, y la más numerosa de todas estaba dominada por Sludden. Normalmente su camarilla ocupaba un sofá situado junto a la puerta de la balconada. Una camarilla adyacente estaba formada por gente que había pertenecido a la de Sludden pero que se había hartado de ella (tal y como afirmaban) o que había sido expulsada de ella (tal y como afirmaba Sludden). Las camarillas no se apreciaban entre ellas y a nadie le gustaba demasiado el café. Era bastante común que un cliente dejara su taza de café sobre la mesa y dijera: «El Élite es un sitio horrible. No sé por qué venimos aquí. El café es malo, la iluminación es mala y el sitio está repleto de maricas, morenos y judíos. Pongamos de moda ir a otro sitio.» Y entonces alguien respondía: «No hay ningún otro sitio. El Salón de Té de Galloway es demasiado burgués; todo son hombres de negocios, paragüeros y cabezas de ciervo disecadas. El Shangri-La tiene una gramola que te deja medio sordo y de todas formas siempre está lleno de tipos duros. Ahí fue donde le rajaron la cara a Armstrong. Están los pubs, claro, pero no nos vamos a pasar la vida bebiendo. No, puede que este sitio sea horrible, pero no tenemos ningún otro. Es céntrico, resulta cómodo porque tiene el cine al lado y por lo menos te da una excusa para salir de casa.»

El café solía estar repleto y nunca estaba totalmente vacío, pero en una ocasión casi no había nadie. El hombre del impermeable negro salió de la balconada y no vio a nadie salvo al camarero y a Sludden, que estaba sentado en el sofá de costumbre. El hombre colgó su impermeable en una percha y pidió un café. Cuando se apartó del mostrador vio a Sludden observándole con cara de diversión.

—¿Lo has encontrado, Lanark?

—¿Que si he encontrado el qué? ¿A qué te refieres?

—¿Has encontrado lo que buscas en la balconada? ¿O es que vas allí para evitarnos? Me gustaría saberlo. Me interesas.

—¿Cómo sabes cuál es mi nombre?

—Oh, todos conocemos tu nombre. Normalmente siempre hay alguno de nosotros en la cola cuando lo gritan en la oficina de la asistencia social. Siéntate.

Sludden dio unas palmaditas en el sofá. Lanark vaciló, puso su taza sobre la mesa y tomó asiento en él.

—Cuéntame por qué te pasas la vida en el balcón —dijo Sludden.

—Busco la luz del sol.

Sludden frunció los labios como si tuviera algo amargo en la boca.

—No me parece que estemos en la estación adecuada para eso.

—Te equivocas. Lo vi no hace mucho y tuve tiempo de contar hasta cuatrocientos antes de que se ocultara, y a veces dura más rato. ¿Te importa que hable de esto?

—¡Adelante! No es fácil encontrar gente con la que puedas discutir de estos temas, pero yo les he dedicado muchas horas de meditación. Que te dediques a pensar en ellos me interesa. Di lo que quieras.

Lanark estaba complacido y disgustado. Se encontraba lo bastante solo como para sentirse halagado cuando la gente hablaba con él, pero le molestaba verse tratado de una forma tan condescendiente.

—No hay mucho que contar —dijo fríamente.

—Pero ¿por qué te gusta la luz del sol? Nuestras fuentes de luz habituales son más que suficientes, ¿no?

—La luz del sol me permite medir el tiempo. Desde que vine

aquí han pasado treinta días y puede que me haya saltado alguno porque dormía o estaba tomando un café, pero cuando me acuerdo de algo puedo decir que ocurrió hace dos días, o diez, o veinte. Eso hace que mi vida parezca más ordenada.

—¿Y cómo pasas tus... días?

—Paseo, visito librerías y cines. Cuando ando corto de dinero voy a la asistencia. Pero la mayor parte del tiempo miro el cielo desde la balconada.

—¿Y eres feliz?

—No, pero estoy satisfecho. Hay formas peores de vivir.

Sludden se rió.

—No me extraña que tengas una obsesión morbosa con la luz del sol. Lo que tendrías que haber hecho nada más llegar es acudir a diez fiestas, acostarte con diez mujeres y pillar diez borracheras, y lo único que has hecho es dejar pasar treinta días. En vez de convertir la vida en un banquete continuo la cortas en días y te los tragas regularmente, como si fueran píldoras.

Lanark miró de soslayo a Sludden.

—¿Acaso tu vida es un banquete continuo?

—Me divierto. ¿Y tú?

—No. Pero estoy satisfecho.

—¿Por qué te contentas con tan poco?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

El café se había ido llenando de clientes y el local estaba casi repleto. Sludden se mostraba más jovial y abierto que cuando habían empezado a conversar.

—La emoción... Esa es la única razón de ser de la existencia —dijo alegremente—. Esos momentos de emoción viva en los que un hombre se ve dominado por la exaltación y se siente dueño de todo... Las drogas, el crimen o el juego pueden proporcionarnos esos momentos pero el precio es más bien elevado, y también pueden proceder de alguna afición como los deportes, la música o la religión. ¿Tienes alguna afición?

—No.

—Y podemos obtenerlos del trabajo y el amor. Por trabajo no me refiero a educar niños o apalea carbón, me refiero al trabajo que te da una buena posición en el mundo, que te hace destacar

del resto de la gente, y por amor no me refiero al matrimonio o la amistad, me refiero al amor libre e independiente que cesa cuando desaparece la emoción. Quizá te he sorprendido colocando en la misma categoría el trabajo y el amor, pero los dos son formas de dominar a los demás.

Lanark pensó durante unos instantes en lo que Sludden le había dicho. Parecía lógico.

—¿Crees que podría encontrar algún empleo? —le preguntó.

—¿Has visitado el Salón de Té de Galloway?

—Sí.

—¿Y hablaste con alguien de allí?

—No.

—Entonces no puedes ser un hombre de negocios. Me temo que deberás dedicarte al arte. El arte es el único trabajo posible para quienes son incapaces de llevarse bien con los demás, pero aun así siguen queriendo ser especiales.

—Yo nunca podría ser artista. No tengo nada que contarle a la gente.

Sludden se echó a reír.

—No has entendido ni una sola palabra de lo que he dicho.

Lanark, por naturaleza, era incapaz de mostrar mucho resentimiento o ira. Apretó los labios y contempló la taza de café con el ceño fruncido.

—Un artista no le cuenta cosas a la gente, se expresa a sí mismo —dijo Sludden—. Si el yo del artista se sale de lo corriente su obra sorprende a la gente o le provoca emociones. Sea como sea, su obra les impone su personalidad. Vaya, aquí llega Gay. Por fin... ¿Te importaría hacerle sitio?

Una muchacha delgada, bonita y de aspecto fatigado vino hacia ellos por entre las mesas repletas de clientes. Le sonrió tímidamente a Lanark y tomó asiento junto a Sludden.

—¿Llego tarde? —preguntó con nerviosismo—. He venido tan pronto como...

—Me has hecho esperar —le dijo él fríamente.

—Oh, lo siento, realmente lo siento. Vine tan deprisa como pude. No tenía intención de...

—Tráeme cigarrillos.

Lanark, incómodo, se dedicó a contemplar la superficie de la mesa.

—¿Y tú qué haces? —preguntó en cuanto Gay hubo ido al mostrador.

—¿Eh?

—¿Eres un hombre de negocios? ¿O un artista?

—Oh, poseo una fantástica habilidad para no hacer nada.

Lanark examinó atentamente el rostro de Sludden, buscando el más mínimo rastro de una sonrisa.

—Los trabajos son formas de dominar a los demás —dijo Sludden—. Yo soy capaz de dominarles sin necesidad de hacer nada. No fanfarroneo. Sencillamente, es la verdad.

—Eres muy modesto —dijo Lanark—, pero te equivocas al decir que no haces nada. Hablas muy bien.

Sludden sonrió y aceptó un cigarrillo de Gay, que había vuelto a sentarse a su lado con expresión contrita.

—No suelo hablar con tanta franqueza como lo estoy haciendo —dijo—; con la mayor parte de la gente sería malgastar mis ideas. Pero creo que puedo ayudarte. ¿Conoces a alguna chica?

—No, a ninguna.

—Yo te presentaré a unas cuantas.

Sludden se volvió hacia Gay y le pellizcó ligeramente el lóbulo de la oreja.

—¿A quién le daremos? —le preguntó con amabilidad—. ¿A Frankie?

Gay rió y su rostro se iluminó con una expresión de felicidad.

—Oh, no, Sludden —dijo—, Frankie grita y es vulgar y Lanark es del tipo callado y meditabundo. No, Frankie no.

—Entonces, ¿qué hay de Nan? Es más bien callada, del tipo oh-quieres-ser-mi-papaíto.

—¡Pero Nan está loca por ti!

—Lo sé, y es una molestia. Estoy harto de verla llorar en el rincón cada vez que me tocas la rodilla. Se la podemos regalar a Lanark. No. Tengo una idea mejor. Yo me quedaré con Nan y Lanark puede quedarse contigo. ¿Qué te parece eso?

Gay se inclinó sobre Sludden y le besó cariñosamente la mejilla.

—No. Le daremos a Rima —dijo él.

—Rima no me cae bien. Es falsa y escurridiza —dijo Gay, frunciendo el ceño.

—No lo es. Se basta a sí misma.

—Pero Toal anda tras ella. Salen juntos.

—Eso no quiere decir nada. Toal tiene una fijación fraternal hacia ella y ella tiene una fijación fraternal hacia él. Su relación es puramente incestuosa. De todas formas ella le desprecia. Se la daremos a Lanark.

—Eres muy amable —dijo Lanark, sonriendo.

Había oído decir en algún sitio que Gay y Sludden estaban comprometidos. El guante de piel que cubría la mano izquierda de Gay le impedía ver si llevaba anillo, pero ella y Sludden exhibían el tipo de intimidad en público que es propia de una pareja de novios. Lanark había sentido cierto temor ante Sludden pero ahora, con Gay sentada junto a él, su compañía le resultaba bastante agradable. Pese a que hablaba mucho del «amor independiente» parecía practicar un tipo de amor más firme del que era habitual en el Élite.

La camarilla de Sludden entró en el local. Venían del cine. Frankie era regordeta y vivaz, vestía una ceñida falda azul claro y un halo de cabello azul claro le rodeaba la cabeza. Nan era una rubia despeinada, bajita y tímida que tendría unos dieciséis años. Rima poseía un rostro interesante que no llegaba a ser hermoso, con una negra cabellera que le dejaba la frente al descubierto y que se recogía por detrás con una cola de caballo. Toal era pequeño, agradable y algo ojeroso, con una puntiaguda barba rojiza de no muchos días, y también había un muchachote alto y pálido llamado McPake que vestía uniforme de teniente. Sludden, con un brazo alrededor de la cintura de Gay, no miró a sus amigos ni les dirigió la palabra sino que siguió hablando con Lanark mientras estos iban sentándose a su alrededor. Frankie fue la única que le prestó cierta atención a Lanark. Se quedó inmóvil, mirándole con los pies separados y las manos en las caderas, y cuando Sludden dejó de hablar dijo en voz muy alta, casi gritando:

—¡Es el hombre misterioso! ¡El hombre misterioso ha venido a nuestra mesa!

Sacó barriga y dijo:

—¿Qué opinas de mi tripa, hombre misterioso?

—Que debe funcionar bastante bien —dijo Lanark.

Sludden sonrió levemente y los demás parecían divertidos.

—¡Oh! ¡Pero si hace chistes! —dijo Frankie—. ¡Bien! Me sentaré junto a él y pondré celoso a McPake.

Tomó asiento junto a Lanark y le puso la mano en el muslo. Lanark intentó no parecer demasiado incómodo y consiguió poner cara de aturdido.

—¡Dios! —dijo Frankie—. Se ha puesto tan tieso como... Hum. Será mejor que no lo diga. Venga, hijo, ¿es que no puedes relajarte? No, no puede relajarse. Rima, voy a cambiar de sitio contigo. Creo que después de todo prefiero sentarme junto a McPake. Está gordo, pero responde.

Cambió de asiento con Rima. Lanark se sintió aliviado e insultado.

A su alrededor empezaron dos o tres conversaciones pero a Lanark le faltaba la suficiente confianza en sí mismo como para participar en alguna de ellas. Rima le ofreció un cigarrillo.

—Gracias—dijo—. Tu amiga... ¿Está borracha?

—¿Frankie? No, suele portarse así. Y la verdad es que no somos amigas. ¿Te ha molestado?

—Sí.

—Ya te acostumbrarás a ella. Si no te la tomas en serio resulta divertida.

Rima hablaba con una voz extraña y monótona parecida a un maullido continuo, como si ninguna palabra fuera digna de énfasis. Lanark contempló su perfil de soslayo. Vio una cabellera negra y reluciente que dejaba al descubierto una frente blanca, un ojo grande y perfecto ligeramente realzado con maquillaje. una nariz grande y recta, una boca pequeña y de labios rectilíneos, sin pintar, un mentón pequeño y firme, un busto pequeño y agradable bajo un suéter negro. Si Rima percibió su mirada fingió no darse cuenta de ella y echó la cabeza hacia atrás para exhalar el humo por sus fosas nasales. Aquello le recordó tan poderosamente a una niña pequeña que intentara fumar como una mujer que Lanark sintió una dolorosa e inesperada punzada de ternura.

—¿De qué iba la película? —preguntó.

—Los personajes se desnudaban nada más empezar y luego hacían cuanto se les ocurría teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Te gustan esas películas?

—No, pero no me aburren. ¿Y a ti, te aburren?

—Nunca he visto ninguna.

—¿Por qué no?

—Temo que puedan acabar gustándome.

—Pues a mí me gustan —dijo Sludden—. Me encanta imaginarme qué aspecto tendrían los actores si llevaran ropa interior de franela y falditas de pana.

—A mí también me gustan —dijo Nan—. Salvo los trozos más emocionantes. Entonces no puedo evitar el cerrar los ojos. Qué tonta soy, ¿verdad?

—Yo las encuentro todas muy decepcionantes —dijo Frankie—. Siempre tengo la esperanza de que veré alguna perversión realmente sorprendente pero al parecer no existen.

Todos empezaron a discutir sobre qué formas podía adoptar una perversión realmente sorprendente. Frankie, Toal y McPake hicieron sugerencias. Gay y Nan fueron puntuándolas con grititos de protesta, entre horrorizados y divertidos. Sludden contribuía ocasionalmente con una observación y Lanark y Rima guardaban silencio. La conversación hacía que Lanark se encontrara a disgusto y pensó que a Rima tampoco le gustaba. Eso le hizo sentirse más próximo a ella.

Un poco más tarde Sludden le murmuró algo a Gay y se puso en pie.

—Gay y yo nos marchamos —dijo—. Ya os veremos después.

Nan, que había estado observándole con cierto nerviosismo, cruzó bruscamente los brazos sobre las rodillas y ocultó su rostro en ellos. Toal, que estaba sentado junto a ella, le pasó el brazo sobre los hombros para consolarla y miró a los demás con una humorística sonrisa de pena.

—¿Pensarás en lo que te he dicho? —le dijo Sludden a Lanark, como si nada de todo aquello tuviera importancia.

—Oh, sí. Me has dado muchas cosas en que pensar.

—Ya volveremos a hablar de ellas. Vamos, Gay.

Ambos se alejaron entre las mesas repletas de gente.

—El hombre misterioso parece estar a punto de sustituirte como favorito de la corte, Toal —dijo Frankie burlescamente—. Espero que no sea así, por tu bien. Tendrías que volver a tu antiguo trabajo como bufón de la corte. Rima nunca se acuesta con el bufón de la corte.

Toal sonrió, sin apartar su brazo de los temblorosos hombros de Nan, y dijo:

—Cierra la boca, Frankie. Aquí no hay más bufón de la corte que tú, y siempre lo serás. —Miró a Lanark, como disculpándose—. No hagas ningún caso de lo que ella diga.

—Me voy —dijo Rima, cogiendo el bolso que había dejado en el asiento contiguo.

—Espera un momento, yo también me voy —dijo Lanark.

Se abrió paso por entre el grupo sentado alrededor de la mesa hasta llegar a su abrigo y se lo puso. Los otros dijeron que ya le verían después y mientras él y Rima salían Frankie les gritó:

—¡Que lo paséis bien!

CAPÍTULO 3. Manuscrito

Lo primero que recuerdo son unos golpes, después o abrí los ojos o se encendió la luz pues vi que estaba en el rincón de un viejo compartimiento de tren. El sonido y la negrura que había al otro lado de la ventanilla sugerían que el tren estaba pasando por un túnel. Tenía calambres en las piernas pero me sentía muy despreocupado y feliz. Me puse en pie, di unos pasos y me llevé una sorpresa al ver mi reflejo en la ventanilla del compartimiento. Tenía la cabeza grande y de rasgos toscos, una cabellera abundante, gruesas cejas y un rostro corriente, pero no podía recordar haberlo visto antes. Decidí descubrir qué otras personas había en ese tren.

Un viento frío soplaba por el pasillo viniendo de donde estaba la locomotora. Seguí el pasillo, mirando por las ventanillas de los compartimentos. Estaban vacíos. Al final del pasillo el viento era tan fuerte que tuve que agarrarme a los faldones de goma que había en la puerta que normalmente lleva al vagón siguiente. No pude seguir, pues la abertura daba a una oscura superficie de tablones que oscilaban de un lado a otro. Era el extremo de un vagón de mercancías. Volví por el pasillo con el viento a mi espalda y reconocí mi propio compartimiento porque tenía la puerta abierta. Los compartimentos que había más allá estaban vacíos y la abertura del extremo daba a un depósito metálico de los que se utilizan para transportar petróleo, así que volví a mi compartimiento y al cerrar la puerta a mi espalda me fijé en una pequeña mochila que había

sobre la rejilla del asiento de la esquina. Eso me hizo sentir cierta cautela. Desde que desperté me había sentido maravillosamente libre y a gusto. Me había complacido ver que estaba solo y me divertí descubriendo que el vagón formaba parte de un tren de carga, pero la mochila me asustaba. Sabía que era mía y que contenía algo desagradable pero no podía decidirme a tirarla por la ventanilla, así que la bajé con mucho cuidado, diciéndome que no había nadie observándome y que no necesitaba sentirme atado a lo que descubriera.

Miré primero en los dos bolsillos exteriores y encontré objetos inofensivos, útiles de afeitar metidos en un envoltorio de plástico, unos cuantos calcetines y una brújula que no funcionaba. Abrí la mochila y descubrí un impermeable negro enrollado, ropa interior sucia y un par de pijamas. Debajo había un mapa doblado y una cartera llena de papeles, así que abrí la ventanilla, los tiré y volví a cerrarla. Sintíéndome nuevamente a salvo, volví a meterlo todo en la mochila, la devolví a la rejilla y después (pues todo el asunto de la mochila me sugería tal idea) examiné mis bolsillos. Contenían un poco de arena y algunas conchas minúsculas. También encontré un pañuelo, una pluma, una llave y un diario de bolsillo. Arrojé la llave y el diario por donde había tirado la cartera y el mapa. Después el tren hizo sonar su silbato y salió del túnel.

Estaba pasando por un viaducto que dominaba los tejados de una ciudad. El cielo estaba cubierto de nubes de lluvia y el día era tan oscuro que los faroles de las calles estaban encendidos. Las calles eran muy amplias y se cruzaban en ángulos rectos, y en sus aceras había grandes edificios de piedra. Más allá de los tejados había hileras de grúas entre las que asomaban objetos metálicos. El tren iba hacia allí y cruzó un puente por encima del río. El río era grande y tenía las orillas de piedra, con un agrietado fango color marrón en el fondo y una delgada corriente negra zigzagueando por el centro. Esto me preocupó. Pensaba, y sigo pensando, que un río debería ser algo más que esto. Miré hacia una explanada donde había dos objetos de metal. Eran cilindros que terminaban en cúpulas oxidadas, y un ruido de maquinaria en su interior sugería que estaban trabajando en ellos. El tren entró en otro túnel, redujo la velocidad,

emergió junto a una gran explanada y se detuvo. Por las ventanillas de cada lado vi hileras de vagones de carga de los que asomaban señales de ferrocarril. Ahora el cielo estaba más oscuro.

Me quedé sentado durante un rato en mi cálido rincón, sin ganas de abandonarlo para enfrentarme al mal tiempo de fuera. Entonces se apagó la luz, así que me eché la mochila al hombro, salí al pasillo, abrí una puerta y salté al suelo. Me encontraba entre dos hileras de vagones. Estaba lloviznando, así que dejé la mochila en el suelo y saqué mi impermeable. Cuando me lo ponía vi a un hombre con un mono negro y una gorra que venía hacia mí, examinando los vagones del tren y haciendo anotaciones en un cuaderno cada vez que pasaba junto a uno. Se detuvo a mi lado, hizo una señal en su cuaderno y me preguntó si acababa de llegar. Dije que así era.

—No tenían que haber puesto todo un vagón para un solo pasajero —dijo—. Podrían haberle traído en el vagón del guardia.

Le pregunté qué hora era.

—Ahora no nos preocupamos mucho de la hora. El cielo está más claro de lo habitual, pero ese tipo de luz es demasiado variable para que resulte útil.

Le pregunté si sabía adónde podía ir. Dijo que la persona que se encargaba de ese tipo de cosas estaba a punto de llegar y siguió caminando a lo largo del tren.

Una pequeña silueta corrió hacia nosotros y pasó al lado del ferroviario sin siquiera mirarle. Se plantó delante de mí y alzó los ojos hacia mi rostro con una tímida sonrisa. Era bastante apuesto, con un mentón huidizo y una grasienta cabellera que caía hacia atrás ondulándose hasta formar un pequeño remolino en su nuca. Llevaba una pajarita marrón, una chaqueta marrón con faldones que le llegaban hasta la rodilla, pantalones negros ceñidos y zapatos de gamuza marrón. Su acento era suave y hacía que las vocales sonaran algo quejumbrosas.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? —me dijo.

Dije que sí.

—He venido a ayudarte. Puedes llamarme Gloopy. Supongo que todavía no tienes nombre. ¿Hay alguien más contigo?

Dije que no.

—Echaré una miradita, solo para estar seguro. Ayúdame a subir, ¿quieres?

Insistió en ver cada compartimento y mirar bajo los asientos. Y cuando le ayudé a bajar se rió y dijo que yo era muy fuerte. Después se ofreció a llevar mi mochila, pero yo me la eché al hombro y le pregunté si podía indicarme algún sitio donde pasar la noche.

—¡Por supuesto! —dijo él—. ¡Por eso estoy aquí! Te llevaré a mi pensión, tenemos una habitación libre.

Dije que una pensión no me convenía, ya que no tenía dinero.

—¡Por supuesto que no tienes dinero! Dejaremos tu mochila en mi pensión y después iremos a la asistencia y ellos te darán dinero.

Nos alejamos de los vagones y cruzamos unas cuantas vías de tren. Las luces de la ciudad relucían entre un par de colinas negras situadas ante nosotros. Había oscurecido, llovía mucho y mi guía se subió el empapado cuello de su extraña chaqueta. Su atuendo resultaba mucho menos adecuado para esa clase de tiempo que el mío. Le pregunté quién le pagaba para que recibiera a la gente y, con voz algo dolida, me dijo:

—No me paga nadie. Hago este trabajo porque me gusta la gente. Creo en la amistad. Las personas deberían ser amables unas con otras.

Le compadecí. Sabía que era un error dejar que alguien no te cayera bien por su apariencia y su forma de hablar pero no me gustaba ni pizca. Le expliqué que, antes que nada, deseaba recoger el dinero.

—Si te llevo primero a la oficina de la asistencia, ¿prometes que vendrás luego a mi pensión? —me preguntó con expresión maliciosa.

Le dije que no le prometía nada y apreté el paso para perderle. Echó a trotar detrás de mí y gritó:

—¡Está bien! ¡Está bien! Nunca dije que no fuera a llevarte allí, ¿verdad?

Seguimos caminando el uno junto al otro hasta que el camino se hizo muy angosto y entonces él se puso delante. El sendero bajaba trazando una empinada cuesta entre las dos colinas, que parecían vertederos de basura. Cuando el camino daba un giro abrupto a veces yo seguía recto y me encontraba caminando por entre lo que

daba la sensación de ser cenizas y tela podrida. Atravesamos el lecho seco de un viejo canal y llegamos al final de una calle. La ciudad no parecía un sitio muy próspero. De vez en cuando se veían grupos de adolescentes o de ancianos ante la entrada de un portal, pero muchos estaban vacíos y sin luz. Las únicas tiendas que no tenían la fachada tapada con tablones eran pequeños comercios que vendían periódicos, golosinas, cigarrillos y anticonceptivos. Pasado un tiempo llegamos a una gran plaza por la que iban y venían ruidosos tranvías. Las farolas solo iluminaban los primeros pisos de los edificios, pero estos parecían ser muy grandes y estar llenos de adornos, y había mucha gente por entre las columnas de sus fachadas. En el centro de la plaza había una columna cuya cima no pude ver, pues se confundía con la negrura del cielo, y a su alrededor había unas cuantas estatuas ennegrecidas por el hollín. Pese a la lluvia, un hombre se había subido al pedestal de la columna y estaba hablándole a una multitud enfurecida. Pasamos junto a la multitud y vi que el orador era un hombre que sonreía nerviosamente: llevaba alzacuello y tenía un morado en la frente. Sus palabras quedaban ahogadas por los gritos de burla y los insultos.

Una calle que nacía de la plaza estaba ocupada por barracones de madera unidos entre sí mediante pasarelas cubiertas. Las ventanas iluminadas de aquellos barracones tenían un aspecto casi alegre cuando se las comparaba con las negras ventanas de los edificios más sólidos. Gloopy me llevó hasta un porche sobre el que colgaba un letrero donde se leía SEGURIDAD SOCIAL — DEPARTAMENTO DE ASISTENCIA.

—Bueno, pues aquí es —dijo.

Le di las gracias. Él hizo chocar sus talones y dijo:

—Lo que quiero saber ahora es, ¿vas a esforzarte e intentarás ser amable? No me importa entrar y esperarte pero la espera es condenadamente larga y si piensas ser desagradable creo que no voy a tomarme esa molestia.

Le dije que no debía esperarme.

—Está bien, está bien —dijo él, apenado—. Solo intentaba ayudar. No sabes lo que es no tener amigos en una gran ciudad. Y yo podría haberte presentado a personas muy interesantes: hom-

bres de negocios, artistas y chicas. En mi pensión hay unas cuantas chicas de clase alta muy guapas.

Me miró con una mezcla de timidez y picardía. Le di las buenas noches y me volví hacia el porche, pero él me cogió del brazo y empezó a hablarme atropelladamente a la oreja.

—Tienes razón, las chicas no sirven de nada, las chicas son unas idiotas y aunque yo no te guste tengo amigos excelentes, caballeros del ejército que...

Logré soltarme y entré en el barracón. No me siguió.

No era un barracón muy grande pero sí bastante largo y la mayor parte del espacio estaba ocupado por bancos llenos de gente. A lo largo de una pared había un mostrador con separaciones formando cubículos y el cubículo más cercano a la puerta contenía una silla y un letrero que decía INFORMACIÓN. Entré en él y tomé asiento. Después de un rato muy largo un viejo con las cejas erizadas apareció detrás del mostrador y dijo:

—¿Sí?

Le expliqué que acababa de llegar y no tenía dinero.

—¿Lleva encima algún tipo de identificación personal?

Le dije que no llevaba ninguna.

—¿Está seguro? ¿Ha examinado bien sus bolsillos?

Le dije que ya lo había hecho.

—¿Cuáles son sus cualificaciones profesionales y su experiencia?

No podía recordarlo. El viejo suspiró y sacó de debajo del mostrador una tarjeta amarilla y un listín de teléfonos muy usado al que le faltaban las tapas, diciendo:

—No podemos darle un número hasta que haya pasado el examen médico, pero podemos darle un nombre.

Empezó a pasar las páginas del listín al azar y vi que en cada página había muchos nombres subrayados con tinta roja.

—¿Agerimzoo? —dijo—. ¿Ardeer? ¿Qué le parece Blenheim? O Brown.

Aquello me dejó muy sorprendido y le dije que sabía cuál era mi nombre. El viejo me miró con incredulidad. Mi lengua buscó una palabra o una sílaba de un tiempo anterior al compartimento del tren y por un instante creí recordar una palabra corta que empe-

zaba con Th o Gr pero se me escapó. El nombre más antiguo que podía recordar estaba impreso bajo una foto marrón de campanarios y árboles sobre una colina que había en el compartimento del tren. Me fijé en ella al bajar la mochila de la rejilla. Le dije que mi nombre era Lanark. Lo escribió en la tarjeta y me la entregó, diciendo:

—Lleve esto a la sala de revisiones médicas y déselo al doctor.

Pregunté cuál era el propósito de la revisión. No estaba acostumbrado a que le interrogasen y dijo:

—Necesitamos tener datos y registros para identificarlo. Si no quiere cooperar, no podremos hacer nada por usted.

La sala de revisiones médicas se encontraba en un barracón al que se accedía por una pasarela. Me desnudé detrás de un biombo y fui examinado por un médico joven de aire distraído que silbaba entre dientes mientras iba anotando los resultados del examen en mi tarjeta. Yo medía un metro con setenta y dos centímetros y pesaba setenta y dos kilos con cuatrocientos gramos. Tenía los ojos marrones, el cabello negro y la sangre del grupo B (111). Mis únicas marcas corporales eran callos en el dedo pequeño de cada pie y una pequeña zona de piel negra y dura en el codo derecho. El doctor midió esa zona con una regla de bolsillo e hizo una anotación, diciendo:

—No tiene nada de excepcional.

Le pregunté qué era aquella zona endurecida.

—La llamamos piel de dragón —me dijo—, un nombre quizá más pintoresco que científico, pero la ciencia de este tipo de cosas se encuentra todavía en su infancia. Ya puede vestirse.

Le pregunté cómo podía tratarse.

—En esta ciudad hay varias personas que se hacen llamar practicantes de la medicina y afirman tener curas para la piel de dragón —me dijo—. Se anuncian mediante cartelitos en las ventanas de los estancos de tabaco. No malgaste el dinero con ellos. Es una enfermedad muy común, tan común como las bocas, las blanduras o el rigor tembloroso. Si yo fuera usted no le daría mayor importancia.

Le pregunté por qué se había fijado tanto en ella.

—Propósitos descriptivos —me dijo con jovialidad—. Las

enfermedades identifican a la gente con mayor precisión que factores variables como la talla, el peso y el color del cabello.

Me dio la tarjeta y me dijo que volviera a llevarla al mostrador de información. Y en el mostrador de información me dijeron que esperara junto a los otros.

Los que esperaban eran de varias edades, ninguno de ellos iba bien vestido y todos (salvo algunos niños que jugaban entre los bancos) estaban atontados por el aburrimiento. De vez en cuando una voz gritaba: «Jones —o cualquier otro nombre—, al cubículo número cuarenta y nueve», y uno de nosotros iba a un cubículo, pero esto sucedía tan raramente que pronto dejé de esperarlo. Mis ojos no paraban de buscar una mancha circular de pintura más clara que había en la pared situada detrás del mostrador. Estaba seguro de que hubo un tiempo en que allí había un reloj y que lo habían quitado, porque la gente no habría soportado semejante espera si hubiese sido capaz de medirla. Mis impacientes pensamientos no paraban de dar vueltas a su propia inutilidad hasta que dejaron de formarse y llegué al máximo estado de inconsciencia posible sin quedarme dormido. Así habría sido capaz de soportar la eternidad, pero me despertó una mujer que tomó asiento junto a mí, una recién llegada que se encontraba todavía en la fase de inquietud. Sus piernas estaban cubiertas por unos ceñidos tejanos descoloridos y no paraba de cruzarlas y descruzarlas. Vestía una chaqueta militar y una camisa, y llevaba pendientes, collares, broches, pulseras y anillos. Una espesa y revuelta cabellera negra caía sobre su espalda, olía a maquillaje, cansancio y sudor e hizo que unos cuantos de mis sentidos volvieran a la vida, entre ellos el sentido del tiempo, pues no paraba de fumar cigarrillos que sacaba de un bolso dentro del cual parecía haber varios paquetes. Cuando encendió el cigarrillo número veintitrés le pregunté cuánto tiempo más nos harían esperar.

—El que les dé la gana —me dijo—. Esto es un escándalo.

Me estuvo examinando durante un segundo y después, amablemente, me preguntó si era nuevo allí. Le dije que así era.

—Ya se acostumbrará. Lo hacen aposta. Piensan que si nos hacen pasar por un purgatorio de aburrimiento cada vez que les pedimos dinero vendremos la menor cantidad de veces posible. ¡Y tienen razón, por Dios! Tengo tres criaturas que alimentar, una de ellas casi un

bebé, y trabajo para mantenerlas. Cuando consigo encontrar trabajo, claro está... Pero no todo el mundo paga lo que debería, así que aquí estoy de nuevo. Una idiota, eso es lo que soy, una auténtica idiota.

Le pregunté cuál era su trabajo. Me dijo que trabajaba por horas para varias personas distintas y me dio un cigarrillo.

—¿Anda buscando un sitio donde hospedarse? —me preguntó.

Le dije que así era.

—Creo que podría hacerle un hueco. Solo durante un tiempo, entiéndame. Si anda mal de dinero, claro.

Me miró de soslayo, de una forma entre amable y calculadora que me pareció excitante. Me gustaba y me encontraba a gusto con ella, pero de todas formas era la primera mujer que conocía y sabía que la mayor parte de mi deseo procedía de la soledad. Le di las gracias y le dije que deseaba encontrar algo permanente.

—Bueno —dijo un instante después—, de todas formas una vecina mía, la señora Fleck, acaba de perder a uno de sus inquilinos. Podría conseguir una habitación en su casa. Es vieja pero no se mete demasiado con la gente. Quiero decir que es muy respetable, pero no es mala mujer.

Me pareció que era una buena idea, así que me anotó la dirección y cómo llegar hasta ella en uno de los paquetes de cigarrillos que había vaciado.

Alguien gritó mi nombre y dijo que debía ir al cubículo quince. Una vez allí fui recibido por el viejo de antes, el cual me devolvió la tarjeta y me dijo:

—Su petición ha sido aceptada. Preséntese en el mostrador de caja para recoger el dinero.

Le pregunté cuánto tiempo se suponía que debía durarme ese dinero.

—Debería durarle hasta que encuentre trabajo —me dijo—, pero si se lo gasta antes de encontrarlo esta tarjeta le da derecho a presentar otra petición, que estaremos obligados a satisfacer una vez transcurrido el tiempo preciso. En su momento. ¿Tiene alguna otra pregunta que hacerme?

Tras haberlo pensado un poco le pregunté si podía decirme el nombre de la ciudad.

—Señor Lanark, soy funcionario, no geógrafo —me dijo.

El mostrador de caja era un pequeño cubículo con una persiana situado en la pared de una habitación llena de bancos, pero había muy poca gente sentada en ellos. La persiana no tardó en levantarse. Hicimos cola y no tardamos en recibir nuestro dinero de manos de una mujer que fue preguntándonos nuestros nombres y nos entregó un montoncito de billetes y monedas entre los barrotes. El tamaño de los montoncitos y la despreocupación con que los manejaba la mujer me dejó algo sorprendido. Los billetes estaban arrugados y sucios y los había de varios tipos. Las monedas eran gruesos discos de cobre, círculos de plata más bien desgastada con los bordes arañados, frágiles monedas de níquel o discos de latón con agujeros en el centro. Distribuí aquel dinero en varios bolsillos pero jamás he aprendido a utilizarlo, pues todo el mundo tiene una idea distinta sobre su valor. Cuando compro algo entrego un puñado de monedas y dejo que el camarero, el tendero o el conductor cojan lo que les parezca adecuado.

Las instrucciones anotadas en el paquete de cigarrillos me llevaron hasta la casa donde escribo esto, treinta y un días después. Durante todo ese tiempo no he buscado trabajo ni hecho amistades, y cuento los días tan solo para disfrutar de su vacío. Sludden cree que me contento con demasiado poco. Creo que hay ciudades donde el trabajo es una prisión, el tiempo un engaño y el amor una carga, y esto hace que mi libertad valga la pena. Mi única preocupación es la costra de mi brazo. No me duele pero cuando me canso la piel sana que hay a su alrededor empieza a picarme y cuando me la rasco la costra se hace mayor. Debo rascármela dormido, porque cuando despierto la costra siempre es más grande. Así pues, sigo el consejo del doctor e intento olvidarme de ella.